

LA VIDA EN UNA HACIENDA TUCUMANA SEGÚN LAS INSTRUCCIONES JESUÍTICAS (1767)

José Andrés-Gallego

Centro de Estudios Históricos, CSIC, Madrid

Hace años, François Chevalier puso de manifiesto el interés de dar a conocer las instrucciones que redactaron los *hermanos chacareros* y otros administradores de haciendas jesuíticas; porque constituían una fuente de primer orden para la historia agrícola y ganadera, económica y social, de Hispanoamérica¹. Él mismo publicó las correspondientes a Méjico y exhortó a buscarlas en otros pagos.

La exhortación no ha dado apenas resultados pero estaba justificada. Al ser expulsados de la Monarquía Católica en 1767, a esos administradores se les requirió para que pusieran por escrito la manera de gobernar el patrimonio jesuítico, a fin de que los nuevos gestores civiles que se hicieran cargo de él pudieran dar continuidad a un trabajo que tenía fama de muy eficaz.

Hace dos o tres años, hallé las instrucciones correspondientes a San Miguel de Tucumán, en el territorio que hoy es argentino. Y doy a conocer aquí su contenido, no por medio de una mera transcripción, sino rehaciendo, a través de ese texto, lo que debía ser la vida laboral en una hacienda jesuítica de aquel territorio hacia 1767.

El documento también tiene, a mi juicio, interés léxico, como procuraré poner de relieve.

* * *

Después de los primeros aguaceros de la primavera austral -que aquí en el Tucumán de la jurisdicción de San Miguel empezaba a últimos de septiembre- había que recoger las crías de las yeguas junto con los *hechores* -el garañón, o sea el asno semental-, que durante el invierno solían andar separados de la manada. Las crías las tendrían todo el día *paradas en rodeo*, o sea reunidas, y las *largarían* al anochecer; con lo cual se conseguiría un buen procreo, se entiende que de mulas. (Recuérdese que la demanda de mulas para el Perú era enorme y que, por su mayor fortaleza, se preferían ante todo las procedentes de la pampa bonaerense y del Tucumán. En la ciudad también tucumana de Salta, se celebraba cada año la feria principal para la compraventa de aquellos animales. Así que su procreación era un rubro fundamental de la economía rioplatense, también de la jesuítica.)

Y lo mismo las vacas: todos y cada uno de los días había que *pararles rodeo* para evitar que se *alzaran*.

Esto, como decimos, al acabar septiembre. Porque octubre venía con su propio cuidado, que eran las *gusaneras*: los rincones del animal donde anidaban los gusanos.

¹ Vid. François CHEVALIER (ed.), *Instrucciones de a los hermanos jesuitas administradores de haciendas*, Méjico, Fondo de Cultura Económica, 1950.

Todos y cada uno de los días había que curar yeguas y vacas, y esto durante toda la primavera y el verano.

Cuando llegaba la época de parir, no había descanso para nadie: había que cuidarse de amansar los pollinos y, en el caso de los terneros, algo inusual en otros pagos, que era defenderlos del *cóndor* (por cierto una de las pocas palabras incorporadas del quechua al castellano). Diezmaban de tal suerte el ganado en el Tucumán, de tantos que había, que compensaba matar dos o tres toros en diferentes lugares (que fueran llanos, para que se pudiera correr bien), quitarles el cuero, *tasajear* la carne y salarla.

Lo de *correr bien* tenía que ver con la manera de acabar con esas aves. Por la noche no había cuidado porque el cóndor es ave de rapiña diurna. Era al amanecer, al alba, cuando se le podía sorprender recién comido, con el buche lleno, de manera que por el peso no pudiera volar. Había que hacerlo en caballo ligero y con un garrote, acercándose a corta distancia con lentitud, hasta que llegara el momento de cargar a todo correr contra los pájaros y matarlos a palos. En cada embestida podían caer treinta, cuarenta o cincuenta y bien podía decirse que ese día se habían salvado otros tantos terneros; tal era el mal que hacían.

A todo esto, en noviembre, en primavera aún, los *chacareros* (o sea los cuidadores de las *chácaras* o *chacras*, las huertas) habrían comenzado a arar y, al mediar diciembre, tenían que haber concluido la siembra del maíz, para proceder de seguida a reforzar los cercos y, a su tiempo, *palmar la chacra por ser preciso beneficio para lograr buen fruto*².

Por el contrario, el trabajo de la cosecha de caña y de maíz había que comenzar con el frío. Tras la primera helada, sin esperar más, había que ir cortando la caña y llevándola a moler al *trapiche*; era el modo de que rindiese más y diese más caldo. Dilatando esta diligencia, en cambio, se secaba y mermaba hasta la mitad.

Según se fuera cortando la caña, además, había que cubrir los troncos y raíces con hojarasca a fin de preservarlos del hielo, pasado el cual se descubrían, se *desyerbaba*, se aflojaba la tierra y se regaba, cuidando siempre que estuviera muy limpia. El riego a sus tiempos y el deshierbe continuo eran precisos para que la caña se criase alta y gruesa y se multiplicara.

Para esto último, había que cuidar además de volver a plantar la caña que saliera delgada y corta al tiempo del corte, así como las puntas de las otras.

A la segunda o tercera helada se tenía que cosechar, por su parte, el maíz, durante todo el mes de junio si hacía falta, de manera que concluyera la cosecha entrado julio lo más tarde. Para la cosecha debía estar preparada la troja -o *pirúa*-, que era donde se guardaba el maíz una vez sacudido y bien limpio del *gorgojo* que se le hubiera podido agarrar.

La viña requería mayor atención. Había de ser precisamente con la luna menguante de julio cuando se podara, se desyerbara y se cavara para aflojar la tierra. Luego tenían que regarse la tierra y plantarse los sarmientos. Los que no se pudieran plantar, habían

² Cuando escriba en bastardilla es que parafraseo el documento original.

de ponerse a *barbar* -a que echara raíces- y guardarlos para el año siguiente. La maleza del desyerbe y la broza de la poda no habían que desecharlas sin más, sino que se debían formar con ellas montones en torno a la viña, para que, cuando se previniera helada estando la vid en pleno brote, se pegara fuego a cuatro montones -uno en cada costado de la viña-, de manera que, con el humo y el calor, se evitara el hielo.

Era también el tiempo -junio, julio, agosto: postrimerías del otoño y pleno invierno- en que se debían cortar los árboles para que la madera que hacía falta al carpintero estuviera bien, y cuando había de herrarse el ganado; esto último en junio y julio y aprovechando para capar los *toricos* y *tusar* -esquilar- las yeguas a fin de que los hechores se encontraran en su momento con menos embarazo. Los potros y los machos de dos años convenía caparlos más bien en agosto.

Y con agosto, la doma de las mulas y potros hasta los primeros días de octubre. Y el trillo.

En el Tucumán, en efecto -y en lo que conocemos-, no convenía trillar recién cosechado el trigo, como en Castilla, sino medio año después, en agosto, o sea en pleno invierno.

En septiembre y octubre no había mucho trabajo; era el momento de reforzar los cercos de los rastrojos trigueros -porque hablamos de tierras cercadas-, con el objeto de defender el pasto para lo que pudiera hacer falta.

Y en noviembre, a arar para la siembra del maíz, que debía concluirse mediado diciembre, y vuelta a comenzar.

Los meses del verano y comienzos de otoño austral -enero, febrero, marzo y abril- eran más descansados; así que había que aprovechar para componer casas y *oficinas*, reparar los *percheles* (los palos que sostenían las redes) y reforzar los cercos.

En mayo, en que habría cesado el creciente del río, se compondría la toma del agua y se limpiaría la acequia, para comenzar seguidamente a regar las tierras que lo necesitaran y arar para preparar la siembra del trigo.

El trigo se sembraría sin embargo en junio y julio -o sea en las primeras semanas de invierno-, que era también cuando, como hemos visto, se cosechaba el maíz y se cerraba por tanto el ciclo agrícola, en realidad “solapándose” los diversos ciclos de los distintos cultivos.

El trigo había que llevarlo de la era al molino, claro, y, como las distancias eran largas, se debían ahorrar esfuerzos. Las carretas que traían el grano habían de regresar con horcones y varas para reforzar los percheles o fabricarlos nuevos.

El beneficio del ganado exigía una pequeña industria artesanal que, en las haciendas mayores, formaba parte del conjunto y, donde no, se hallaba en manos de artesanos que trabajaban por su cuenta, al encargo de otros. Por una parte estaban los curtidores, que tenían trabajo todo el año si querían hacerlo bien. Había que ir poniendo los cueros en los *noques* -los pozuelos abiertos al efecto- nada más matada y despellejada la res, o sea frescos; era la forma de que las suelas resultasen mejor y de evitar que el cuero se pudriera o se quemara al sol al *estaquearlo* -que era estirarlo sujetándolo con estacas- o

se helara en invierno. Al sacarlo del noque, había que ponerlo bajo techo y en bastidores.

Con las suelas de desecho se hacían los espaldares, los asientos y los lomillos (un aparejo simple, usado para bestias de carga); era tarea de esclavo (*el esclavo lomillero* se le llamaba en las haciendas jesuíticas del Tucumán), pero no por eso se trataba de tarea sencilla; había que saberla y por eso debía procurarse que el esclavo lomillero enseñara a otro para que nunca faltase el producto. Lomillos empleaban los peones de campaña y con lomillos se les pagaba parte de su salario.

Mientras tanto, los carpinteros preparaban las carretas y los carretones, hacían las sillas y las *cujas*³ y aserraban las tablas necesarias. Para lo cual había de aprontarse la madera precisa en los meses de junio a agosto, que era la mejor época, según se ha dicho ya; en cuya diligencia -la de cortar y sacar los troncos- se *enmansaban* además los novillos y se podía hacer cantidad de *boyada*.

Y es que en los mismos meses dichos había que acarrear también la cal que hiciera falta durante todo el año para hacer suelas y jabón, reparar caserías y en último término vender.

Y era asimismo el tiempo en que los mayordomos debían de proveerse de la vidriera necesaria para el jabón de todo el año⁴.

La *almona* por su parte -la jabonería- también debía mantenerse en función todo el año; en las haciendas del Tucumán, el del jabón que se enviaba a Potosí era uno de los rubros importantes de los presupuestos de ingresos.

Para todo lo cual hacían falta instrumentos de hierro, que daban trabajo al herrero también por todo el año: componer y calzar las herramientas de la carpintería, trabajar frenos y espuelas para dar a los *conchabados* a cuenta del salario... Para lo cual habían de comprarse tres o cuatro quintales de hierro barato, que era lo necesario para el año, además del acero que se necesitara para la calza de las herramientas.

Y sombreros de cargazón para tanta gente. Así que había sombrerero.

Y claro que hortelano. En los tiempos estériles, de *flacuna*, cuando la carne era mala y se desperdiciaba -"porque todo lo flaco bota la gente"-, unas buenas hortalizas servían para sazonar el plato y aprovechar así toda la carne; "que esto vale mucho, y lo otro cuesta poco."

Los negros, por su parte -se lee en el informe jesuítico en el que me baso para relatar todo esto, como si los esclavos estuvieran excluidos de las demás labores que decimos-, tenían que *cortar* la teja y ladrillo que se necesitara y, según se fuera secando, habían de *quemarlo*, sin duda para que se endureciera⁵.

³ Por *cuja* se entiende la bolsa de cuero asida a la silla del caballo para meter el cuento de la lanza. Pero, hablando de carpinteros, podría tratarse de la armadura de las camas.

⁴ "[...] despachando -sigue el documento- tres o cuatro carretas después de haber quemado para que traigan, y luego se ensaca y se guarda."

⁵ Todo lo que precede, en *Methodo e Instrucción para el arreglo de los capataces o maiordomos que deben cuidar de las Haciendas pertenecientes a S.M. de los vienes de sequestrados a los del orden de la*

Eso era todo.

* * *

Una última nota para subrayar cuatro aspectos léxicos. Aparecen al menos cuatro palabras que no están recogidas en el *Diccionario* de la Academia española de la Lengua: *tasajear*, *palmar* (la chacra), *pirúa* y *enmansar*.

Esta última es mero sinónimo de *amansar*.

Tasajear aparece en relación con la matanza de los toros: que “quitado el cuero tasajeen la carne, y la salen” (f. 196v); probablemente es sinónimo de cortar, más que de hacer tasajo (en todo caso, cortar para hacer tasajo).

En cuanto a *palmar la chacra* aparece dos veces (193v y 198v) como una tarea muy necesaria para que los frutos sean los adecuados: que los chacareros, después de arar y sembrar el maíz, “a su tiempo cuiden de palmar la chacra por ser preciso beneficio para lograr buen fruto”.

Se habla por otra parte de *troja o pirúa* como lugar donde se guarda el maíz.